

Cuida de mí

Xibeliuss

Era una mujeruca pequeña y hacendosa como una arañita de San Francisco. Ocupaba un rincón en el extremo del Bosque y daba gloria verlo, con su jardincito de hortensias y geranios, sus visillos de brezo entretejido rematados de blanca jara, sus madresevas, sus siemprevivas y las cajitas de morera donde prosperaban los gusanos de seda. Se llamaba Benedicta. El Jirón de Niebla gustaba de visitarla: ella siempre le ofrecía una taza de té y miel aderezada con algunas de las miles de hierbas aromáticas que había llegado a conocer como nadie en el Bosque.

–Usted sabe que podría partir en el momento que lo desee...

–Quite, quite – respondía ella - ¿Dónde voy a ir yo sin mi chiquillo? - y, en silencio, trataba de recordar cómo era su chiquillo.

Benedicta fue la única hija de una familia con posibles que nunca llegaron a realidades. Casó muy joven, de blanco y en la iglesia mayor, cuando su novio de toda la vida, un hombre tan pequeñito como ella, muy formal, muy fiable, muy entrañable, aprobó la Oposición. Con él marchó a la ciudad. Los dos pensaban tener una familia numerosa, tanto como quisiera la Providencia y pudieran alimentar con un sueldo de contable de tercera en la Telefónica; pero, aunque lo intentaron con todas las fuerzas que les permitió la decencia, Benedicta no quedó embarazada hasta más de diez años después, cuando ya se había sorprendido alguna vez lanzando miradas inquisitivas al crucifijo del dormitorio.

El día en el que su marido comunicó la noticia le hicieron una pequeña fiesta en la oficina. Él – tan formal, tan fiable, tan entrañable – era bien mirado por la dirección y aprovecharon el momento para ascenderlo a Oficial de Segunda, con un aumento de sueldo neto de veinte duros al mes. El jefe del negociado le regaló,

además, dos invitaciones para un banquete que se iba a celebrar en un nuevo restaurante de Los Ángeles de San Rafael. “*Es sólo para socios del Spar*” - le dijo - “*Pero quiero que usted y su esposa estén allí en mi lugar y disfruten como merecen*”.

Antes de cobrar el primer aumento, el matrimonio cambió su *seiscientos* por un *gordini* de segunda mano color amarillo canario, con baca porta equipajes y una pegatina del Cristo del Pardo en la luna delantera - “*El Señor Cuida de Mí*”. “*Con los niños se mueven tantos trastos...*” - se dijeron. Fueron a estrenarlo el día del banquete en San Rafael. Tras pasar el Alto del León - “*¡Con qué alegría sube!*”, dijo él - dos curvas antes de llegar a las Fuentecillas, el *gordini* se fue de atrás y se estamparon contra un pino. Benedicta salió ilesa. El marido se dejó los sesos contra la ventanilla.

La pensión de viudedad no daba para mucho y la ciudad se hizo muy grande de repente. Benedicta volvió al pueblo, a casa de sus padres. Allí nacieron los mellizos y allí, durante los primeros años, los abuelos educaron a los niños con esa mezcla cachazuda de letra redondilla, buenos días, por favor, gracias y paseos por el campo a mirar bichos, mientras ella trataba de recolocar los pedazos de una vida que había creído organizada para siempre. Se presentía acreedora de una rutina tranquila, salpicada tal vez con algunas gotas de ilusión, cuyo cobro no atinaba a concretar. Se hizo catequista para adultos. Se apuntó a una coral: todos los martes y jueves bajaba a ensayar al liceo de la capital del valle con un grupito de amigas en el *dynane 6* del maestro, un caballero muy culto y de peluquín impoluto que le hacía ojitos desde el retrovisor.

Un día el abuelo no despertó de la siesta cotidiana de brasero y mesa camilla ante un televisor lleno de interferencias. La abuela lo siguió pocos meses después. Benedicta se encontró con sus hijos, dos niños que dejaban de serlo, crecidos medio silvestres como los castaños de la ermita en la ladera de la montaña. Poco tenían en común. José Cristóbal siempre fue pequeño y menudo, nervioso y

avispado culo de mal asiento. Jesús María, sin embargo, empezó temprano su desarrollo y no se tienen noticias del final del proceso; su cerebro no pudo seguir el ritmo. Una mole de músculo en bruto y la sencillez de una paloma en territorio de gavilanes.

No congeniaron. Sin embargo, los tres tenían los suficientes buenos modales como para evitar que aquello les amargase la vida en común y siempre dieron la apariencia de ser una familia lo bastante feliz. Hubo un conato de disgusto cuando los chicos decidieron dejar el colegio. Duró poco; al fin y al cabo así lo hacían la mayoría de los rapaces vecinos, Jesús María estaba claro que ya no daba para más y José Cristóbal tenía sus propios planes. Pronto empezaron a aportar a casa: algún dinerillo de trabajos esporádicos, cuando no una docena de chorizos por una *touza* de leña serrada, unas truchas del arroyo o algún conejo atrapado a lazo, como les había enseñado el abuelo en sus salidas de campo. Por las noches la madre aún los despedía con un beso de buenas noches, arremetía las sábanas de franela para que no cogiesen frío, apagaba la luz y se iba a dormir ante el televisor de la cocina para soñar con sueños ajenos. Entonces los mellizos se descolgaban por la ventana y bajaban hasta los bares de camioneros, junto a la gasolinera de la carretera nacional, donde siempre eran bien recibidos. Porque había noches en las que después de siete u ocho vasos llenos hasta el borde de vino con *cocacola*, Jesús María, con su cuerpo de picapedrero, se arrancaba a cantar *por valderrama* y hasta a las putas se les cuarteaba la laca de las uñas de tanto aplaudir. El acabose de la emoción desbocada. Su hermano pasaba la gorra después con exquisito respeto.

José Cristóbal fue el primero en coger el coche de línea para irse a trabajar en la ciudad. Llamó por su hermano al cabo de pocos meses. Benedicta siguió con su catequesis, con su coral y con sus paseos por la vereda del río, donde el maestro del peluquín le recitaba al oído las “*1000 mejores poesías de la Lengua Castellana*” y le decía que las había escrito para ella. Ella sonreía y bajaba los ojos.

Unas navidades – visita obligada a la que pocas veces faltaban – Jesús María llegó con un ojo de cristal y José Cristóbal con una pelirroja lenguaraz, de ánimo encrespado y leotardos de colores. Dijo que estaba viviendo con ella. Ya la cena fue tensa, incluso antes que Jesús María intentase contar cómo había perdido el ojo. A la mañana siguiente, cuando la leche hervía en la marmita de la cocina económica y el olor a bizcocho recién horneado alegraba toda la casa, Benedicta dijo aquello de “*si sigues con esa guarra habrás muerto para mí, hijo*” justo cuando la *guarra*, en camiseta chillona y bragas de florecillas, bajaba por la escalera con los ojos maquillados de legañas de *rimmel*. Nunca volvió a verlo.

Cuentan que los despistes de Benedicta empezaron al poco del Gran Escándalo del Valle, aquel otoño en que el maestro impoluto, ya casi sesentón, hubo de casarse a punta de escopeta con una quinceañera, alumna de sus clases de refuerzo, a la que sacó embarazada. Que abandonó la catequesis y la coral y poco a poco se fue encerrando en una casa que llenó de tapetes y pañuelitos bordados, de flores secas y cuadros de *petipúa*; detallitos que eran como el aroma de esas manzanas que se secan entre las sábanas dobladas del arcón. Y que así idealizó la imagen de un hijo que volvía a casa por Navidad, tan inocente como un buey de porcelana y que nunca olvidaba mandarle un *christmas* por su cumpleaños, aunque fuese el diecisiete de agosto.

Nunca más tuvo un recuerdo para su otro hijo, al que llegó a considerar ya no muerto, sino ni siquiera nacido. Tampoco supo nunca que, a veces, José Cristóbal se escapaba de la ciudad sólo para verla desde lejos trajinar en el jardín. Que era él quien escribía los *chritsmas* de agosto, porque a Jesús María le costaba encontrar las palabras adecuadas. Que fue él quien se ocupó de que nunca nada le faltara en aquella casa llena de bordados. Porque así debía ser: buenos días, por favor y gracias.

–¿Se sabe algo de mi chiquillo?

–Aún no, *Benedicta*.

–¿Dónde se habrá metido este rapaz? - y decía – *Pero pase, pase a tomar un té de los míos. Tiene usted que probarlo: le pongo un poquito de miel y algunas hierbas de por ahí y queda ¡para chuparse los dedos!*

Xibeliuss.jar@gmail.com

